



LUCHAS DE LA INDEPENDENCIA
BELIGERANCIAS CONTEMPORÁNEAS¹

OTTO MORALES BENÍTEZ

Primacía de prejuicios

Estoy fiel a las demandas culturales de los orientadores sociales de Pasto. En cada nueva reunión, tenemos obligación de acercarnos, con afán de profundidad, a las exigencias críticas de los problemas del continente. Es difícil lograr consensos por la riqueza emocional –se dejan a un lado los principios doctrinarios– a que apelan muchos de nuestros escritores, levantan prejuicios; exaltan dificultades; consagra tesis que eliminan posibilidades de acercarnos, los diferentes países, a un destino con comunes derroteros. Prima la tendencia para respetar los anteriores criterios sociopolíticos que, invariablemente, hacen añicos los propósitos comunes. En éstas asambleas se lucha por vencer esas barreras de retardatarias ideologías.

Luces del Bicentenario

En éstos días, se examinan los acontecimientos, las razones combatientes y las tesis que le dieron impulso a la Independencia. Desde luego, se repiten criterios superados hace muchos años. Como la historia social en el continente, no ha logrado penetrar en los estudios de nuestra realidad, volvemos a los viejos discernimientos. Creo que con el avance de las ciencias sociales en nuestra área, debemos ir buscando explicaciones que emanen del análisis de nuestra propia realidad, y de la exploración de cardinal pensamiento que siempre nos acompañó.

He estado repasando con máximo cuidado, lo que se está publicando. Se insiste en algunos temas, a los cuales se les ofrece máxima importancia en cuanto a la definición de los impulsos que se recibieron para el movimiento de la Independencia.

Pero lo esencial, es que se produjeron unos movimientos, tanto en lo interno como en el exterior, que encendían el fulgor de la libertad. Coincidió ello, además, con luchas esenciales como las que adelantaba Inglaterra contra España por la primacía comercial. Es lo que los historiadores llaman un “tiempo”. Es decir un momento

1. Lectura en el VI Congreso Internacional de Pensamiento Latinoamericano: La Construcción de América Latina, Pasto, 3 de noviembre de 2009.

de excepcionales manifestaciones en lo internacional; en la inquietud de cada porción del continente; en el espíritu –que se enciende– de los combatientes. No hay reposo en esas horas de agitación. Se nos ha convocado, durante muchos años, para ese examen. Anoto que con una merma capital, sin preocuparnos de ver nuestra propia interioridad; el decidido empeño de cada comarca. Lo que, realmente, marcó –desde nuestro punto de vista– el proceso de Independencia. Nos vamos hacia otros nortes; a extraños llamados de influencias, determinantes de conductas, ideas, tesis de países poco cercanos a nosotros. Y, ¿cuál era nuestra actuación, decisión, vocación de sueños, ideología que nos rodeaba y nos impulsaba? Creo que ha llegado el momento en que debemos explorar esos designios.

Temas que se tocan

Al referirnos a la Independencia, invariablemente se mencionan temas como los que voy a registrar: el hundimiento del poder colonial. Nos llevó a muchas beligerancias internas, que, después se pueden reseñar. España, ante la comunidad internacional, comenzó a aparecer como un “mundo anacrónico”². Las ideas francesas recibieron aportes de influencia de Jefferson, de Paine y de otros –que iban de éste lado del Atlántico– para colaborar en la redacción de los textos que han immortalizado, en el mundo ideológico, a la Revolución. Males de nuestros orientadores que desprecian nuestro mundo: el físico y el intelectual. Violento complejo de inferioridad que

impulsa muchas de las clarividencias de nuestros orientadores!!!

La crisis española crece con la invasión napoleónica. Su repercusión en las colonias, colaboró a soliviantar los sentimientos de independencia que no se exploraban aún en nuestro mundo. Se crearon Cortes a las cuales asistieron diputados nuestros, que allí encontraron un mundo de estímulos para las nuevas ideas. Pero es que éstas apenas se estaban manifestando con cierta energía, sin que olvidemos –para mencionar un solo caso– que el Jesuita Juan Pablo Viscardo, desde 1792, venía reclamando los derechos de los pobladores de estas comarcas. Desde luego, hay muchos antecedentes. Y bien importantes por su ímpetu y por las doctrinas en las cuales se apoyaron para avanzar.

Pero me estoy desviando. Lo que pretendo es enumerar lo que se nos ha enseñado, reproduciendo la terquedad de conquistador. La Ilustración tuvo influencia decisiva. Pero las investigaciones recientes, señalan que la española buscaba, con sus mecanismos políticos, mantener las colonias. Este es un estudio que no hemos adelantado.

La Independencia de Estados Unidos, nos auspició nuestras esperanzas de allegar la nuestra. Pero se nos olvida que ella desató un continuo enfrentamiento entre federalistas y centralistas, que, a veces, parecía hundir a Indoamérica en la incertidumbre. Pero se han esclarecido las continuas enunciaciones de tesis controversiales. El mismo José Luis Romero nos advierte: “Sin embargo, falta un estudio de conjunto que analice, a la luz de las meras situaciones sociales y económicas creadas por la emancipación, cómo utilizaron los diversos grupos cada uno de los modelos”. Tenemos, pues, otra inves-

2. ROMERO, José Luis. El obstinado rigor hacia una historia cultural de América Latina, Centro Coordinador y difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

tigación, de capitalísima importancia, para adelantar.

También se nos olvida lo que don Francisco de Miranda, participó y opinó sobre aquella³, dando orientaciones: “Declarada la guerra entre Inglaterra, Francia y España, sobre la independencia de la América del Norte (Miranda) solicitó servicio para pasar a este último punto, lo cual le fue concedido en el ejército español que pasó a América. Partió en calidad de ayudante de órdenes del general en jefe. La apertura del puerto de La Habana para el comercio americano; la conquista de la Florida del Oeste; la de las Islas Bahamas; la salida de M. Grace (sic) para Chesapeake, cuyo resultado fue la captura del ejército inglés y la independencia de la América del Norte, y en fin, la proyectada invasión de Jamaica, fueron más o menos, obra de sus consejos, tomando parte en su feliz ejecución, para interés de la libertad del Nuevo Mundo”.

Caracciolo Parra Pérez escribe⁴: “...rindió con ello su servicio decisivo a la causa de la libertad de Estados Unidos, pues fue él, en efecto, quien por su influencia con el gobernador de La Habana procuró al almirante de Grasses treinta y cinco mil libras esterlinas para permitirle atacar a Lord Carnavallis”.

George Washington, en su diario, del primero de Mayo de 1781, señala las estrecheces que padecían sus ejércitos⁵: “En una palabra, en lugar de tenerlo

todo dispuesto para ir a la campaña, no tenemos nada; y en vez de tener la previsión de una gloriosa campaña ofensiva ante nosotros, no tenemos sino una confusa y defensiva, a no ser que recibamos poderosa ayuda en barcos, tropas de tierra y dinero de nuestros generosos aliados; y ésto, por ahora, es demasiado eventual como para poder contar con ella”.

Estas acciones de Miranda, nos dan un aliento para pensar que inclusive otras Independencias, tuvieron el acicate y previsión de nuestros propios héroes. Es otra circunstancia que se nos escapa de nuestro propio enfoque libertario. Nos estimula pensar que no somos tan inferiores. No olvidemos que Miranda, por mas de tres décadas, defendió la idea de la independencia de nuestro continente.

Fray Servando Teresa de Mier

Este sacerdote mexicano, Fray Servando Teresa de Mier, escribió su “**Historias de la Revolución de la Nueva Granada**”, que editó en 1813. El autor se manifiesta muy adverso a discutir los principios teóricos de la Revolución Francesa. Creía más en el “modelo inglés de la monarquía limitada”. Él tenía la convicción de que, a pesar de alcanzar la Independencia, se debían conservar las tradiciones que “habían conformado las sociedades americanas”⁶.

No pueden olvidarse mensajes como el “Memorial de Agravios” de don Camilo Torres con capítulos de intensos análisis de orden administrativo, político, económico y aspectos sociales. Planteaba, con claridad, lo mismo que

3. MIRANDA, Francisco. *América espera*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. BRICENO, Olga. *Miranda, Mariscal de Francia y precursor de la libertad de América*. Editorial Nueva Raza, 1982.

4. PARRA PÉREZ, Caracciolo. *Miranda y la Revolución Francesa*. Caracas: Ediciones Culturales del Banco del Caribe, 1988.

5. *Revista Cuadernos Americanos*, No. 127, Nueva Época, Enero–Marzo, 2009. México: Universidad Autónoma de México, 2009.

6. DE MIER. Fray Servando Teresa. *Cartas de un americano, 1811–1812 e Historia de la Revolución de la Nueva España*, 1813.

la “Representación de los Hacendados”, escrito por el rioplatense Mariano Moreno. Estos autores, señalan los derechos de nuestras gentes y planteaban soluciones. A la vez, Manuel Lorenzo Vidaurre redactaba, en 1810, lo que se llamó el **Plan del Perú**. Al mismo tiempo, Hidalgo y Morelos defendían a los indios y “proyectaron restituirles la condición humana que los conquistadores les habían arrebatado”.

Pero lo que deseo destacar de Mier, es que él tuvo que huir y se desplazó por muchos países. En Cádiz, él pudo dialogar con los diputados que asistieron a las asambleas que allí se realizaban. Era una manera de ir ratificando el sentido de la lucha y acentuar sus principios ideológicos. Estando en Portugal, en 1807, lo hallamos haciendo parte de las “redes independientes latinoamericanas”, que había organizado Miranda. De suerte que la libertad no sólo se buscaba, en forma restringida, en nuestra área, sino que se trataba de sacudir la indiferencia internacional. Nadie podía estar inactivo. Se unían las fuerzas más dispersas. Pero nuestras gentes estaban alertas, despertando solidaridades, en los medios más pasivos, para enfrentar nuestro destino.

El investigador argentino señalaba claramente: “Los más audaces creyeron que había llegado la ocasión definitivamente y pusieron al descubierto el designio emancipador. Lo que ya parecía insinuarse en la “**Proclama**” de José Artigas en abril de 1811, quedó consagrado en julio en el “**Acta de Independencia**” de Venezuela. Dos años después declaró su efímera independencia México en el Congreso de Anáhuac y quedó inscrita en el acta de Chilpancingo bajo la inspiración de José María Morelos. Pero aun allí donde los gobiernos se mostraban tímidos, sonaban las voces de los más radicales:

la de Camilo Henríquez en Chile, la de Bernardo Monteagudo en Buenos Aires, la de José Artigas ya inequívoca en Montevideo, éste, en son de desafío contra Buenos Aires. La discusión se tornó delicada a partir del momento en que las Cortes de Cádiz completaban el texto de la constitución liberal, que robaba argumentos a quienes protestaban contra la opresión del absolutismo español, y que fue aprobada en 1812.”

José Martí entregaba la fórmula de lo que debía hacerse: “O inventamos o erramos”. Anadía: “Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de ésta generación. “El vino de plátano y si sale agrio, es nuestro vino!!.”

Combates permanentes: luchas por la libertad

En cuanto avanzaba la independencia, y, más adelante, cuando ésta se fue consolidando, las luchas políticas y doctrinarias, aparecieron con sus juicios combatientes. Fue una constante de qué tipo de régimen debía prevalecer. Quedó, para algunos historiadores, la sensación de que nos debatíamos en el caos. Consideraban que acontecía sólo su debate interno, examinando sólo cuál era el destino político que debíamos cumplir. Esto revela iniciativa mental, ímpetu de lucidez en busca de un modelo que diera orientación a nuestros pueblos. Estos criterios aparecen, de inmediato, al desvencijarse el mundo colonial. Para mí, no es un signo negativo, como algunos lo conjeturan.

En Romero encontramos una interpretación que nos confirma nuestra posición. Sus palabras son esclarecedoras: “En el campo de la historia

latinoamericana son todavía escasos los estudios de historia social y han alcanzado, en cambio, vasto desarrollo y considerable brillo los de historia política. Estos ensayos parten del punto de vista propio de la historia social, pero no para detenerse en el análisis de sus problemas específicos, puesto que son casi meros enunciados, sino para señalar la estrecha relación que esos problemas tienen con los de la historia de las ideas, y me remito al prólogo –y al texto naturalmente– de un libro escrito con la marcada intención metodológica y que he titulado adrede **“El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX”**, para dar a entender, a través de ese largo enunciado, cuál es la relación que me parece importante perseguir para acercarse a los mecanismos profundos que operan luego en el plano de la historia política. No llamo ideas, solamente, a las expresiones sistemáticas de un pensamiento metódicamente ordenado sino también a aquéllas que aún no han alcanzado una formulación rigurosa; y no sólo a las que emergen de una reflexión teórica sino también a las que se van constituyendo lentamente como una interpretación de la realidad y de sus posibles cambios. Estas otras ideas, las no rigurosas, suelen tener más influencia en la vida colectiva. En verdad, son expresiones de ciertas formas de mentalidad, y suponen una actitud frente a la realidad y un esquema de las formas que se quisiera que la realidad adoptara. Todo esto no suele ser engendrado en las mentes de las élites. Suele ser el fruto de un movimiento espontáneo de vastos grupos sociales que se enfrentan con una situación dada y piensan en ella como en su constrictiva circunstancia, sin prejuicio de que de las élites salga quien provea la forma rigurosa, la expresión conceptual y, acaso, la divisa rotunda capaz de

polarizar a las multitudes y enfrentar a amigos y enemigos.”

Aquí nos hallamos con algo que muchos de los hombres de ese tiempo no aceptaban: la presencia del pueblo. Eran los integrantes de la incipiente burguesía nuestra; los representantes de las élites –que habían predominado en el régimen hispanoamericano y que no querían ser despojados de sus privilegios. A ellos se unían los criollos –hijos de españoles o españolas– que consideraban no se debía aceptar la independencia.

Recordemos que nuestro continente “no era un vacío cultural”. Para recibirme como Miembro de Número de la Academia de Jurisprudencia, me comprometí en un estudio de contornos culturales muy exigentes. Estudié las instituciones jurídicas de la época precolombina. Hay pocos estudios sobre la materia. La investigación fue muy exigente. Al final, pude editar un libro con el título **“El Derecho Precolombino: raíz del Nacional y del Continental”**⁷. No hay derecho, en la época colonial, que no se conociera y aplicara. Las Cortes, los Tribunales, Los Juzgados tenían una dignidad moral e intelectual e irradiaban majestad ante la comunidad y los gobernantes se preocupaban porque estuviera cerca de los pobres que demandaban derechos, para no otorgar ningún privilegio a los ricos que podían invertir dinero en desplazamientos. Es una demostración del orden cultural de los indígenas. Encontré algo excepcional: desde España se dictaron las leyes de Derecho Indiano. Para que éste funcionara tuvieron que unirse a disposiciones nacidas en el medio continental.

7. MORALES BENÍTEZ, Otto. *Derecho Precolombino: raíz del Nacional y del Continental*. Bogotá: Academia Colombiana de Jurisprudencia, 2007.

El autor rioplantense, en el libro a que he hecho referencia, indica varios momentos importantes en la formación e integración de nuestros pueblos. Esas luchas constantes después de la Independencia, tendían a reafirmar las “situaciones sociales y culturales”, en las cuales se iba a desenvolver nuestra existencia de pueblos libres. No se han examinado desde un criterio social y ello nos ha conducido a tantos juicios negativos sobre nuestra vida histórica. Mi interés en esta exposición, es llamar a rectificar y cambiar de enfoque, indagar con criterios renovados que nos den claridad y no nos conduzcan a condenas de equivocada tendencia cultural. En este aspecto, ha predominado el desvío del “hispanismo” que prevaleció –después de la Independencia– en grados exacerbados a veces, en nuestros países.

Mestizaje

He sostenido, en una teoría que comienza a tener estudio en diversos profesores, que el mestizaje, es el que nos da identidad y autonomía en el continente. He advertido que él no es sólo la mezcla de blanco, indio y negro. Es más amplia. El profesor de historia Albeiro Valencia Llanos, en un libro que me honra⁸. **“Otto Morales Benítez: de la Región a la Nación y al Continente”**, cita mi tesis completa y que me permito reproducir, ofreciendo excusas. “He venido proclamando, desde hace algunos años, que debemos abandonar esos caprichosos límites raciales que hemos enunciado y proclamar que mestizo es todo aquel que viva en nuestro continente, con origen racial indígena o sin él, por ser un inmigrante que rompe

las amarras con su país de origen, y se involucra en el desafío de nuestro propio devenir. Indiscutiblemente lo es quien por aquí nació. Hay calidades que dependen de lo biológico, en unos casos; en otros, opera el calificativo de mestizo para ciertas preeminencias culturales. Así borramos viejos alinderamientos peyorativos, que confunden los juicios. Vuelvo a proclamar esa tesis en este agosto recinto. Así cancelamos mil dificultades de interpretación que dejan un sabor de resaca mental. Que hace nugatorio el esfuerzo para situar el desenvolvimiento histórico del continente en vislumbres”.

“Lo del mestizaje tiene dimensiones universales, pues roza los diferentes aspectos de lo que es un manera de comportarse en el mundo. Se le puede estudiar en el arte, en la escritura, en el lenguaje, en las fiestas, en la música, en la manera de concebir y administrar el amor, en la comida, en los juegos, en las relaciones interpersonales, en la política, en la religión, en la manera de vestir, en la expresión oral, en el teatro, en la familia, en la concepción política. No hay materia capital de la existencia o circunstancia del ejercicio vital, en las cuales el mestizaje no se manifieste. Es, por lo tanto, algo de trascendental valor en la orientación y definición del continente”.

Me agrada encontrar con Romero identidades: “El plazo de cuatro siglos y medio que cubre la historia del proceso del mestizaje y aculturación desarrollado en América, no ha sido, ni podrá ser suficiente para otorgar estabilidad a las situaciones sociales y culturales... El mestizaje y la aculturación habían creado una nueva sociedad y una nueva y peculiar concepción de la vida”.

Esta afirmación, confirma lo que he venido sosteniendo: lo trascendental de lo que había aparecido en el continente.

8. VALENCIA LLANO, Albeiro. *Otto Morales Benítez: de la Región a la Nación y al Continente*. Bogotá: Editorial Fascolda, 2004.

Es una fuerza nueva, que nos ofrece conductas frente al universo.

Las continuas luchas

Uno de los primeros debates que se libró en varios países del continente, fue la derrota de la Dictaduras que querían imponer los libertadores –entre ellos Simón Bolívar– que se confundían con el absolutismo, que favorecía la forma de tiranicidio. Por fortuna en Colombia, contamos con una concepción civil de los deberes del Estado, que, hizo predominar ese varón que tuvo tanta conciencia política de la libertad, que se llamó Francisco de Paula Santander.

El problema era inquietante. Sólo “...quedaron formulados –los modelos– solo a partir del Siglo XVIII, cuando en Inglaterra, tras la revolución de 1688, se instauró la **Monarquía Parlamentaria**. Inglaterra se convirtió, desde entonces, en el modelo político de quienes combatían en Europa el absolutismo monárquico”. Esta fue una de las luchas de nuestra área por la democracia.

En este capítulo, vale recordar que Santander, al entrar al gobierno decía: no tengo modelos –yo que anhelo la democracia– más que monárquicos. Mi esfuerzo –repetía– se concentra en crear modelos civiles para el gobierno. Y lo logró.

Enumeremos otros. Voltaire predicaba tolerancia religiosa, los derechos individuales y la libertad intelectual. Las orientaciones se aceptaron en el continente. Interrogo: ¿la democracia y estos valores que proclamaba Voltaire, sí los tenemos –hoy– garantizados? Creo que no. Nos falta reanudar el combate. Lo mismo para que prime un modelo igualitario republicano. Repasemos, sin ardentía política, con conciencia de hombres que respec-

mos el destino de nuestros pueblos, y nos encontraremos con atropellos que avergüenzan la conciencia cívica de nuestras comunidades.

En la Constitución de 1853, se estableció el sufragio universal. ¿Hoy sí se cumple ese mandato de participación ciudadana? Considero que no y ello no será posible si no hay partidos fuertes. Estos, tienen obligación de disciplinar a la comunidad para una participación activa en el destino nacional; señalar guías doctrinarias a los gobiernos y si tienen que enfrentarse como oposición, hay una multitud que levanta con ellos, banderas de rechazo.

Nos quedan otros ejemplos históricos para consultar permanentemente: los Comuneros de 1781 en la mayoría de nuestros países pelearon por el derecho a la tierra; la eliminación del monopolio comercial; el derecho a escoger sus autoridades; la liberación de impuestos coloniales que prevalecían –como escribió Salvador Camacho Roldán– desde el nacimiento hasta la muerte; el tener sus propias autoridades y consagrar sus devociones, detrás de sacerdotes mestizos. Era organizar su mundo, ceñido a sus intereses locales y humanos. Es uno de los primeros signos de Independencia.

Pero era una batalla muy desigual, que se encendía permanentemente. La libertad de vientres –el primer reclamo contra la esclavitud– encontraba una reacción organizada para evitar se perdiesen límites a los negocios en “la venta de la carne humana”. La rebelión de Haití contra los ricos plantadores franceses, comenzó en 1793. Napoleón protestaba por la reivindicación de derechos de esos seres. El movimiento, tuvo repercusión en los negros de Coro en Venezuela, en 1795, y otro, en 1798 en Cariaco. En esa ocasión, se repetían ideas francesas.

Era todo tan difícil y existía tal número de contradicciones que Camilo Henríquez, en 1815, que figuraba entre las personalidades abiertas a la libertad, escribe su célebre ensayo en el cual aconsejaba la antidemocracia.

Fue la época en la cual apareció la idea de patria. Muchos despreciaban esta fórmula de organizar muchos países. Aún oímos preguntar –como inconscientemente–: ¿qué es la patria? O miran su destino con indiferencia.

El hecho capital es que, después de la Independencia, nacieron nuevas fuerzas sociales. Estaban aquí, en nuestro medio, sin poder expresarse. Les creció la palabra en sus sueños tan largamente reprimidos. Lo que quedaba en evidencia era que los españoles y los criollos –hijos de éstos– eran una minoría. A pesar de la Independencia, se inmiscuían en nuestras rutas sociales, culturales y políticas y enrarecían el ambiente. Pero estos criterios que predicaban, no correspondían a los que impulsaban a nuestros pueblos. Pero es otro tema sin examen crítico.

El federalismo y el centralismo, fue otro de los momentos de beligerancia en nuestros pueblos. No había descanso en el batallar. Era un proceso lógico, de pueblos por siglos subyugados, que despertaran a la necesidad de señalar los futuros caminos de sus realizaciones comunitarias.

Levadura revolucionaria

En un estudio de Lupe Rumazo⁹ nos recuerda la más significativa lucha que deben adelantar nuestros países: “Arnold Toynbee en su estudio **“El hemisferio occidental en un mundo cambiante”**, observa como nuevo argonauta

que toma en sus manos el mapamundi, le da vuelta y no lo suelta, que hay actualmente un movimiento mundial del cual América es parte y que significa que “se está rebelando contra la injusticia social”: Este despertar moral –afirma– es la levadura que está produciendo la fermentación revolucionaria en la América Latina de hoy. En América Latina este movimiento estaba, sin duda, retrasado pues, en ella, antes del siglo veinte, el grado de injusticia social era extremado. Por otra parte, algo había en la tradición latinoamericana del carácter único y de la dignidad de las personas humanas. Creo que aquí hemos puesto al descubierto la fuente misma del movimiento hacia la justicia social que va inundando el mundo en nuestro tiempo. Este rasgo particular de la tradición latinoamericana, es obviamente un legado de la tradición española y portuguesa, y ésta deriva de las tradiciones cristianas y musulmanas”.

Henry M. Bradckkenridge –según cita que tomamos– estuvo en Montevideo y Buenos Aires, en 1817, en calidad de Secretario de la Misión Rodney. Él, escribe señalando el error de no prestarle atención a nuestro continente: “El hecho de que prestemos demasiada poca atención a América del Sur, se repetirá muchas veces hasta que salgamos de nuestro estado de apatía. Por parte de Estados Unidos, lo mismo que de Gran Bretaña, sería inexcusable no prestar atención a lo que pasa en aquella región del mundo. Son capaces de defenderse, de gobernarse y de ser libres, a despecho de todo lo que digan las gentes de mente estrecha y presuntuosa. Esperan de nosotros amistad y buena voluntad y tienen derecho a esperarla. Si no podemos hablar favorablemente de ellos, por lo menos no deberíamos proclamar deliberadamente lo que creemos que son sus debilidades”.

9. RUMAZO, Lupe.

El celoso investigador, escribe que escudriñar los diversos grupos que se manifestaron post la independencia, merece estudios de profundidad. Se fueron perfilando las grandes ideas que concurrían a nuestros países; de cómo se concebía la patria y eran evidentes las iniciales formas de nuestros nacionalismos.

Sí a la unidad del continente

Se tienen dudas de si podemos tener unidad como continente. No comparto estos criterios. Hemos avanzado en muchos procesos autónomos. Estos, son muchos. En las últimas décadas se ha hablado con insistencia del desarrollo indoamericano. En su concepción y en su aplicación, se han planteado demasiados temas con identidad propia, cercana a nuestra realidad. Nos perdemos cuando esos esquemas se ciñen a principios extraños, de otras latitudes.

Se deben intensificar esos análisis. Por ejemplo, para los conservadores –en el continente– cualquier proceso de cambio, que son procesos históricos, es percibido como una agresión a la integridad de las estructuras. Confirma Romero, sus apreciaciones con palabras explícitas: “Por lo demás, también la escasez de textos explícitos y la discutible especificidad de sus contenidos, entorpece una definición precisa y rigurosa del pensamiento político conservador de Latinoamérica en el siglo XIX. Son muy pocos los estadistas, políticos y pensadores que se declaran explícitamente conservadores, por lo menos en relación con el número de los que, por otras consideraciones, pueden ser estimados como tales. Ese mismo hecho constituye ya un dato significativo. Y aún los que se declaran tales, matizan su pensamiento con ciertas reflexiones que contradicen el cartabón que hasta un momento antes parecía seguro

para clarificarlos. Esto es también un dato significativo. Lo cierto es que el pensamiento doctrinario conservador, suele aparecerse al observador como oculto o desvanecido tras la acción inequívocamente conservadora de cierto grupos, como sino les pareciera necesario a sus miembros declararlo explícitamente. Es fácil advertir que los fundamentos doctrinarios de la acción conservadora resultan –para los grupos tradicionales– de tal solidez y su vigencia tan indiscutible, que no vale la pena abundar en su tratamiento, puesto que la acción conservadora es, para ellos, la acción legítima, la corrección forzosa y necesaria de otros comportamientos políticos que sí merecen y necesitan ser discutidos y fundamentados. Este desvanecimiento y ocultamiento del pensamiento conservador, es lo que ha distraído la atención de los historiadores preocupados, fundamentalmente, por los procesos de cambio, para quienes aquél parecía carecer de relieve, a pesar de que sus efectos surgían una y otra vez como si provinieran de una línea constante de comportamiento político, sobre la cual los impulsos del cambio constituyeran sólo esporádicas manifestaciones.”

Tesis de un colombiano

Para mí, por fortuna, han aparecido colombianos señalando el carácter autónomo de nuestra Independencia. No hemos estudiado este aspecto con cuidadosa vigilancia mental. El Profesor Armando Suescún en el tercer tomo de su obra **“Derecho y Sociedad en la Historia de Colombia: el Derecho Republicano”**¹⁰, escribe con pulso de investigador serio:

10. SUESCÚN, Armando. Derecho y Sociedad en la Historia de Colombia: Derecho Republicano, 4 tomos. Tunja (Boyacá): Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, 2008,

“Las causas que generaron la independencia de los países americanos, las que le dieron su razón de ser, la fuerza y el impulso necesarios para triunfar, fueron las luchas de los pueblos indígenas contra los invasores y colonizadores españoles... Las causas no fueron la revolución francesa, la Independencia de los Estados Unidos, la crisis de la monarquía española, la invasión de España por los ejércitos franceses, como se ha dicho muchas veces”.

Luego, Suescún, se refiere a actos autónomos de nuestro pueblo, que respaldan su tesis. El acentúa que la mayor resistencia de la Nueva Granada durante los siglos XVI, XVII y XVIII, fué la Insurrección de los Comuneros.

La Declaración de los Derechos del Hombre –que tradujo nuestro prócer Antonio Nariño– suministró a los granadinos una ideología.

Los criollos –hijos de españoles–, gozaban de privilegios y no lucharon. Suescún escribe: “Los criollos, o españoles americanos como se llamaban a sí mismos, no estaban interesados en la independencia de la Nueva Granada, sino en compartir con los españoles peninsulares el gobierno del Reino y en mantener su unión “eternamente duradera” con España, como lo expresaron en el Memorial de Agravios. Siendo ellos los dueños de las riquezas del reino, consideraban natural resolver la crisis política con su participación personal en el gobierno colonial, en pie de igualdad con sus “compatriotas españoles”. En ninguna parte de ese Memorial plantearon los intereses ni las aspiraciones de la Nueva Granada como nación, ni los de la población granadina. Nótese cómo, mientras el movimiento de los Comuneros exigía la destitución de las autoridades españolas y su sustitución por autoridades granadinas, el destierro del Regente

Visitador como símbolo del régimen colonial y el mantenimiento del ejército insurrecto en pie de lucha, el pronunciamiento de los criollos sólo pedía su participación en el gobierno, manteniendo la unión con España y dejando intacto el sistema colonial”.

El “**Memorial de Agravios**” decía: “España ha creído que deben estar cerradas todas las puertas de todos los honores y empleos para los americanos”.

El primer acto de la Independencia

Para completar este repaso sobre el continente, debo mencionar que en 1951, para acceder a la calidad de Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia, presenté mi libro “**Revolución y Caudillos (Aparición del mestizo y la Revolución de 1850)**”¹¹ a su examen. Allí sostengo que la primera expresión de Independencia en la región, fue, a través, del barroco. España enviaba los modelos y nuestros mestizos los transformaron. Siguiendo al profesor Ángel Guido¹², quien era discípulo del Maestro Ricardo Rojas, se establece que los mestizos llevaron la flora, la fauna, y los tipos humanos nuestros a sus representaciones artísticas. Así nació el Barroco Indoamericano. Es la primera manifestación de Independencia que se produjo en nuestro continente. Los colombianos lo podemos contemplar en la ciudades que aquí se llaman coloniales: en Popayán, Tunja, Mompox, y, en otras, al observar las obras de esa época. Es una manifestación de la sensibilidad artística continental. Como parte capi-

11. MORALES BENÍTEZ, Otto. *Revolución y Caudillos (Aparición del mestizo y la Revolución de 1850)*, segunda edición. Mérida (Venezuela): Universidad de los Andes, 1974.

12. GUIDO, Ángel. *Redescubrimiento de América en el Arte*. Buenos Aires: Librería y editorial El Ateneo, 1999.

tal de lo que aquí hemos enumerado, se va revelando cómo va apareciendo nuestro pensamiento local, que además, es privilegio de estos países de la región. No éramos ni tan torpes ni las inteligencias estaban tan limitadas. Nos falta es indagar más para encontrar las raíces de un humanismo crecientemente indoamericano.

Lo que nos han enseñado

Enumeraré, las cuatro enseñanzas que en Colombia han tenido más fuerza sobre la inteligencia:

- 1.- La inferioridad y el desprecio para el mestizo
- 2.- Europa es superior a América y ésta no tiene identidad y son pocas sus posibilidades.
- 3.- Hay que ceñirnos a la teoría “hispanista” que consagra que los blancos son superiores a los indígenas y a los negros; y
- 4.- El catolicismo, única religión verdadera

Los letrados patriotas

La prédica de la necesidad de la Independencia y, luego, la urgencia de puntualizar las ideas que debían predominar en Indoamérica, produjo lo que se ha llamado los “letrados patriotas”. En el libro **“Historia de los intelectuales de América Latina”**¹³, se lee un juicio acertado: “Esa transformación dió origen a una categoría particular de escritor público: el letrado patriota. Obligado a pronunciarse acerca del futuro rumbo de sus respectivas tierras de origen –es decir, de sus patrias– como consecuencia de la profunda crisis

generada en la monarquía española por la invasión napoleónica y la doble revolución que siguió en su estela –la de los constitucionalistas de Cádiz y la de las insurgencias autonomistas y republicanas en suelo americano–, los letrados se vieron arrojados hacia una situación inédita que los obligó a asumir la compleja tarea de actuar con cierta autonomía (relativa y sujeta a distintas intervenciones represivas) frente a los poderes públicos y a convertirse en artífices –más aún que en voceros– de las nuevas identidades regionales que comenzaban a surgir de las ruinas del imperio caído. El proceso mediante el cual surgió esta nueva figura de escritor público fue sumamente complejo y atravesó al menos tres etapas: la de los primeros defensores de las cualidades positivas de los americanos frente a la crítica o el desprecio peninsular –entre los cuales descollaron como grupo los jesuitas expulsados del continente americano–, la de los llamados “precursores”, quienes en el contexto ambivalente y de incierto porvenir que se abrió con los comienzos de la crisis del antiguo régimen, defendieron primero la igualdad de los derechos de los súbditos hispanoamericanos del Rey frente a los de sus súbditos peninsulares, para luego convertirse en los primeros voceros –aislados y de escaso impacto político– de una posible renegociación del pacto de dominación colonial –cuyas alternativas iban desde una mayor participación en las decisiones imperiales hasta la independencia plena–, hasta desembocar, finalmente, en la novedosa figura de los letrados al servicio del nuevo régimen, cuyo estatuto en relación con los nuevos poderes se habría visto sustancialmente modificado en el sentido de una mayor autonomía de maniobra (sin que los complejos lazos de subordinación a los mismos hubieran sido enteramente desatados).

13. ALTAMIRANO, Carlos (Director). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz editores, 2008.

El elemento común a los tres momentos de este proceso, fue la constitución del escritor letrado en un “intelectual” cuya tarea se definía primordialmente por su calidad de “vocero” de lo que percibía como los intereses de su patria natal”.

Limitaciones que imprimía el hispanismo

Acaba de salir de la imprenta de la Universidad Nacional de Colombia, un libro que abre una discusión en torno a las limitaciones que impone el hispanismo. El autor es Iván Vicente Padilla Chasing¹⁴. Señala que José María Vergara y Vergara al escribir la primera historia de nuestra literatura, pretendía que fuese un estudio integral; “...desde la primera línea el historiador se propone defender la causa española y promover el legado moral y espiritual del colonizador... El compromiso de Vergara con la “civilización” española y con la religión católica es incuestionable”. Se le juzga a su obra como un “himno cantado a la Iglesia”. Se afirma que nuestra literatura “no es nacional ni propia, sino española”.

Para reafirmar su concepto, escribió nueve cartas en el debate sobre la hispanidad entre el 27 de abril y el 22 de noviembre de 1859 y destinadas a Manuel Murillo Toro, Jefe doctrinario del Radicalismo Liberal. Era, desde luego, una crítica a lo que se conoce, en nuestra historia como la Revolución Económica de 1850, que estaba eliminando los últimos vestigios de la política colonial.

14. PADILLA CHASING, Iván Vicente. El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX, Lectura de la Historia de la Literatura en Nueva Granada de José María Vergara y Vergara. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura, 2008.

Su obra y las cartas que mencioné, tienen su propósito: “...poner freno a la crítica realizada contra la herencia hispánica... El debate de la hispanidad se configura en primera instancia alrededor de la idea de raza; ya observamos de manera inevitable se comparan la raza anglosajona liberal, protestante y laica, y la raza española señorial y católica”.

Vergara y Vergara le da una supremacía a la Iglesia. Esta era uno de los frenos que debía operar en la reducción del espíritu libertario. El autor interroga: “¿por qué el autor considera su Historia un himno cantado a la Iglesia? ¿Qué papel desempeñó, según Vergara, la Iglesia en la formación y consolidación de la nación? ¿Por qué era preciso, en ese momento, afirmar el origen católico de la civilización neogranadina? Sumado al problema de la hispanidad, la cuestión católica y jesuita es, indudablemente, el aspecto más polémico de su historia de la literatura”.

Ya establecimos que otro elemento era la raza. Para los hispanistas, el único predominio aceptable, es el de la blanca. Las demás merecen el desprecio. No se deben tener en cuenta. En el continente, el desdén por los indígenas es total y el desprecio por el mestizo igualmente arrasador.

El hispanismo es, pues, el predominio del blanco, del catolicismo, de la subyugación. Recordemos que durante demasiados años, nuestra enseñanza se cumplía con libros importados, especialmente de España. Ello conducía a que, en esos textos, predominaran las tesis hispanistas.

Las escuelas estaban, en sus enseñanzas, lo mismo que las universidades, separadas de nuestra realidad. José Celestino Mutis, con la Expedición Botánica y sus clases en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, dio un

vuelco a esas orientaciones. Comenzó enseñando matemáticas y cambió el estudio de las ciencias especulativas por las exactas. Critica la educación, culpando al clero. Es una postura diferente a la de Vergara y Vergara. En 1764, Mutis, asume las cátedras de física y expone las ideas de Newton, Copérnico y Galileo, que se criticaban por la Iglesia. Se le acusó ante la Santa Inquisición por enseñar herejías. En estos juicios predominó el hecho de que él apoyaba el “Proyecto –de Moreno y Escandón– para la erección en la ciudad de Santafé de Bogotá de una universidad de estudios generales”. Su fundamento consistía en que primara la educación pública. Esta propuesta, la atacaban los agustinos y los dominicanos. Moreno y Escandón publicó su ampliación de la propuesta al publicar su **“Método Provisional e interino que han de observar los Colegios de Santafé, por ahora, hasta tanto se erige la Universidad Pública y su Majestad decide otra”**.

Pero los colombianos y los estudiosos de los países del continente, padecieron otra limitación, cual fue el Eurocentrismo. Es el sistema que señala como único sistema de referencia el **occidental** y ésto conduce a múltiples equivocaciones: juicios erróneos y tesis que no encajan con nuestra realidad. Ha creado muchos desequilibrios. Lo nuestro, lo de América ancestral, no puede acomodarse a esas reglas. Tuvo mucho dominio en el siglo XIX. La propuesta de imitar el modelo occidental, que propiciaron tantos dirigentes políticos y culturales del área, nos hizo mucho daño. Muchos hombres de cultura del continente, aceptaron la propuesta y lo que lograron fue impedir que se manifestara el pensamiento auténtico y autónomo de muchos países. Con esas tesis, se nos negó el derecho a tener his-

toria y al resplandor de la inteligencia de las gentes del continente.

América Integral

Ha aparecido recientemente, en la imprenta de la Universidad Nacional el libro **“América: una trama integral”**¹⁵: Su autor es Fernando Zalamea. Perteneció a una estirpe de escritores. Él propone que pensemos a América como una trama integral. Para conducirnos a ese clima, examina muchos de los considerados Maestros en el continente. Apelamos apenas a una cita suya: “Henríquez Ureña revela las antinomias fundamentales de lo americano, los contrastes geográficos y culturales, las contradicciones éticas y políticas, pero confía aún en su posterior resolución unitaria. Por su lado, y en diálogo con Henríquez Ureña, Alfonso Reyes recalca la peculiar capacidad del intelectual latinoamericano para construir síntesis, para encontrar terrenos naturales de mediación entre los opuestos, para inventar y entreverar los intercambios, las ósmosis, las transformaciones. En **“El deslinde”**, Reyes intenta definir el borde (“deslinde”) entre lo literario y lo no literario, con herramientas multidisciplinarias que trascienden las estrategias de su época, y llega a corroborar, como característico de lo americano, su facilidad para interpretar procesos y no objetos, adelantándose con mucho a ciertas “conquistas” postmodernas. El concepto de “transculturación”, introducido por Fernando Ortiz en su extraordinario **“Contrapunto cubano del tabaco y el azúcar”**, permite empezar a diagramar con mayor precisión toda la difusa transitoriedad del continente. Los eruditos movimientos pendulares

15. ZALAMEA, Fernando. América, una trama integral. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2009.

del ensayo, revelan la riqueza antinómica de lo simultáneo, pero la sitúan en una novedosa perspectiva histórica y crítica que lleva a entender mejor la especificidad de la moviente cultura latinoamericana. Finalmente, el capítulo 1 revisa los trabajos de Mariano Picón Salas, en los cuales el polígrafo venezolano estudia una triangulación plena de lo latinoamericano, en diálogo pendular tanto con Europa como con Estados Unidos. Empieza a dibujarse entonces un tejido de confluencias y resistencias/disidencias que ayuda a explicar mejor el control, que debe ejercitar el habitante de borde sobre las diversas fuerzas centrífugas a las que se encuentra expuesto”.

El Maestro Arciniegas

He señalado la extraordinaria fuente de prejuicios; enfoques distorsionados por la cultura occidental; los desvíos que ha sufrido nuestra educación por el hispanismo y el criterio conservador; las malas orientaciones de nuestra enseñanza; los continuos choques en la formación de los criterios de patria y nacionalidad. Hay que agregar un etcétera amplísimo. Eso ha pervertido

el criterio de los hombres de pensamiento del continente. Los ha dejado sin claridad para interpretar nuestro porvenir. Por ello, a veces, aparecen voces pesimistas. Mi invitación es a que reexaminemos nuestra historia para tener claridad en el futuro de creación y de influencia que ya mismo adelanta Indoamérica.

El Maestro Germán Arciniegas, quien le ha dado nuevos y desconocidos valores de interpretación a nuestra historia; que la ha vinculado a los más desconocidos –por prejuicios– temas de profundidad universal, pero nacidos y aparecidos aquí; que vinculó a nuestro pueblo a la grandeza del continente, en su monumental obra **“El continente de siete colores: historia de la cultura en América”**¹⁶, nos enseña, para que no perdamos el rumbo: “...América es otra cosa. Sí, es otra cosa. Estamos viviendo otra vivencia, proyectando otra imagen, amontonando hechos sobre hechos, que son más que suficientes para pensar en su futuro capaz de contradecir al Libertador y decirle que ni aró en el mar, ni edificó en el viento... En el fondo, es la respuesta que él esperaba”.

Bogotá, Barrio “El Refugio”, 2009

16. ARCINIEGAS, Germán. El continente de siete colores: historia de la cultura en América. Bogotá: Editorial Aguilar, 1989.